

Octava reunión

LA SANTIDAD EN EL MATRIMONIO: ESPOSOS SANTOS

INTRODUCCIÓN

Si los cristianos nos paramos a pensar para qué estamos en este mundo, a qué aspiramos, nos responderemos a nosotros mismos que queremos SER SANTOS. Todos tenemos en común un gran anhelo de felicidad, nuestro corazón no se llena con nada. Ya nos lo decía San Agustín: “Venimos de Dios y nuestro corazón no estará colmado hasta que vayamos a Él”.

Recientemente se han celebrado los 50 años de la clausura del Concilio Vaticano II, en el que se hablaba de la santidad como la vocación última a la que estamos llamados cada uno de los bautizados. Pero todavía hoy, la mayoría de la gente piensa que la santidad es algo reservado a unos pocos, principalmente a personas consagradas. Es algo que no terminamos de creer posible para un matrimonio.

Para los esposos, el camino hacia la santidad es tarea de dos, puesto que los dos somos una sola carne. Estamos llamados a la comunión esponsal, que es al mismo tiempo comunión con Dios. En nuestra experiencia como matrimonio hemos visto claro cómo Dios es quien nos ha unido, quien fortaleció mucho más nuestro amor en el sacramento del matrimonio y de quien nos hemos fiado, sabiendo que Él llevará a término la promesa de felicidad que puso en nuestros corazones. A pesar de esta certeza, nuestros egoísmos, comodidades, las dificultades de cada día nos desaniman y sentimos que no tenemos fuerzas suficientes para ser mejores, para educar en virtudes a nuestros hijos y ser un ejemplo para ellos y para los demás; a menudo descubrimos con tristeza que no lo somos. Necesitamos modelos que seguir que nos ayuden a buscar un horizonte de grandeza y, al mismo tiempo, personas que nos acompañen a caminar hacia él.

Nos preguntamos: ¿Es posible para un matrimonio vivir en plenitud como cristianos en medio de esta sociedad, en nuestro día a día? ¿Son un ejemplo posible para nosotros las vidas de los santos que nos preceden? ¿Cuáles son las peculiaridades del camino hacia la santidad en el matrimonio?

EL PLAN DE DIOS Y LA VOCACIÓN AL AMOR

Si reflexionamos sobre cuál es el plan de Dios para los hombres, descubriremos que Dios nos ha creado por amor, a su imagen y semejanza y estamos llamados a amar: un amor de donación, de comunión. Cristo viene a llevar a plenitud la vocación al amor de cada hombre, enseñándonos cómo es su Padre, nuestro Padre y entregándose a sí mismo para salvarnos.

En nuestro mundo es cada vez más habitual encontrarnos con matrimonios que apenas duran. En el Evangelio podemos ver que, aunque ahora sea mucho más frecuente, no es algo nuevo, pues los fariseos le preguntan a Jesús si le es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo. Jesús les remite al principio.

La Revelación cristiana conoce dos modos específicos de realizar integralmente la vocación de la persona humana al amor: el matrimonio y la virginidad. El matrimonio y la virginidad son dos

modos de amor esponsal, dos formas de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo. Ambos se complementan. Cuando la sexualidad humana no se considera un gran valor, pierde significado su renuncia por el Reino de los Cielos.

Como estado de vida, la virginidad es superior al matrimonio, por razón del vínculo singular que tiene con el Reino de los Cielos. Pero la perfección de la vida cristiana se mide con el metro de la caridad.

EL PLAN DE DIOS EN SU PLENITUD: LOS SANTOS

Solemos identificar a los santos como héroes, personas perfectas, con muy pocos pecados. El papa emérito Benedicto XVI nos enseñaba que “los santos no son personas que nunca han cometido errores o pecados, sino quienes se arrepienten y se reconcilian”. Por tanto, también entre los santos se dan contrastes, discordias, controversias... Son hombres como nosotros, con problemas complicados. Todos podemos aprender este camino de santidad. Esto nos anima porque a menudo lo vemos como inalcanzable. El primer paso para ser santo es querer serlo.

La santidad significa en la terminología bíblica la misma esencia de Dios. Sólo Dios es Santo. Somos santos en la medida en que participamos de la santidad de Dios. La santidad es el mayor deseo que tiene Dios para cada hombre concreto, una historia de amor que se ha de realizar de modo personal. Y en el caso del matrimonio, para los dos: esposo y esposa. Cada persona tiene una historia diferente, dones diferentes. No hay dos santos iguales; hay muchos caminos distintos hacia la santidad. Pero en las vidas de los santos podemos observar algunas características comunes que nos pueden dar pistas de lo esencial del camino, tanto en los santos vírgenes como en los recientes matrimonios santos.



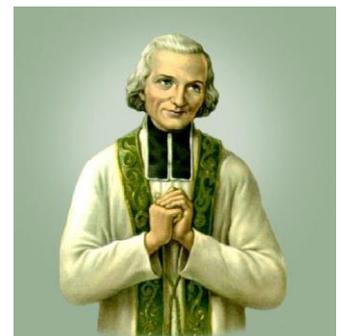
Entre la multitud de santos que nos preceden, hemos elegido para este tema a dos santos vírgenes: Santa Teresa de Calcuta y San Juan María Vianney (el cura de Ars). Y a dos matrimonios santos: Luigi Beltrame y María Corsini y Louis y Zélie Martin, padres de Santa Teresita de Lisieux.

Destacamos en ellos algunas virtudes y características importantes:

- **La humildad:** se sienten pequeños ante Dios, se saben pecadores y necesitados de Dios. Los esposos se sienten pequeños y necesitados el uno del otro y a la vez de Dios.

- **La fe:** parte de la experiencia de haberse encontrado con Jesús y querer seguirle con todas sus fuerzas. Su determinación es firme porque su fe es profunda. Los matrimonios viven la fe juntos y se la transmiten a sus hijos.

-**La oración:** éste es su alimento, su mayor secreto. De ahí sacan las fuerzas para trabajar y sacrificarse constantemente. El cura de Ars apenas tenía tiempo para dormir, pero siempre se levantaba una hora



antes para orar. La Madre Teresa enseña a sus hijas que es imprescindible la oración para trabajar en lo que Dios nos pide, aunque nos parezca que nos falta tiempo. Los dos matrimonios saben poner en el centro a Dios y su trato con Él, aprovechando cada momento para orar.

-Desprendimiento, pobreza: El cura de Ars y Sta Teresa se sienten libres. No están apegados a los bienes materiales. Para ello, en la mayoría de los casos, prescinden de ellos. Y lo que tienen siempre lo dan. También saben recibir, incluso de los que menos tienen. Los matrimonios viven con sencillez y modestia. Trabajan duramente para asegurar el porvenir de sus hijos, pero desapegados totalmente de las riquezas de este mundo. Siempre estaban pendientes de ayudar a los pobres. Destacan también por su hospitalidad.

-La obediencia a la Iglesia de Jesús, a su doctrina, a sus ministros, a sus superiores. Obediencia a la voluntad de Dios en sus vidas.

-La alegría: que brota de la comunión con el Espíritu Santo, de la confianza en Dios; de saber que estaban en sus manos. En los matrimonios alegría de sentirse profundamente amados por el otro, reconociéndolo como un don. Alegría de recibir a los hijos con amor, multiplicando su capacidad de dar.

-La participación en los sacramentos: se hace imprescindible, puesto que es aquí donde nos encontramos con el Señor. Principalmente la Reconciliación y la Eucaristía. Madre Teresa encontraba a Jesús en primer lugar en la Eucaristía y, en segundo lugar, en todas las personas, especialmente en las que sufren. El cura de Ars se sentía irresistiblemente atraído por Jesús en la Eucaristía. Decía “todas las buenas obras juntas no equivalen al sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras que la Eucaristía es obra de Dios”. Para los dos matrimonios, la misa ocupa un lugar esencial en sus vidas, así empiezan cada día aunque tengan que levantarse a las cuatro de la mañana y caerse de sueño en la iglesia.



-La cruz: la experiencia de la Iglesia demuestra que toda forma de santidad, aunque con caminos diferentes, siempre pasa por el camino de la cruz, el camino de la renuncia a sí mismo. La vida interior de Madre Teresa estuvo marcada por la experiencia de un profundo, doloroso y constante sentimiento de separación de Dios, incluso de sentirse rechazada por Él. El cura de Ars tuvo grandes dificultades para llegar a ser sacerdote y desde el principio le consideraron poco válido, pero él se tomó muy en serio su misión como pastor. Luigi Beltrame y María Corsini sufren mucho por las frecuentes separaciones debidas al trabajo, por las enfermedades... María está dispuesta a dar su vida para que pueda nacer su cuarta hija, puesto que el parto pondría en peligro su vida. Pero milagrosamente vivieron los dos. Louis y Zélie Martin sufren profundamente por la muerte de cuatro de sus nueve hijos en sólo cinco años. Zélie morirá a los 45 años, quedándose Louis a cargo de sus cinco hijas, Teresa tenía sólo cuatro años. Al final de su vida perderá la cabeza y pasará dos años en un hospital psiquiátrico.



LA SANTIDAD COMO PERFECCIÓN DE LA CARIDAD

Todas estas virtudes y características confluyen en una: la caridad, que es la virtud teologal por la cual se ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios. Vamos a ver a continuación lo específico de la caridad pastoral y la caridad virginal.

Caridad pastoral: La caridad pastoral es la participación de la misma caridad de Jesucristo Pastor, que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por todos, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre. El sacerdote está llamado a ser imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia, siendo pobre, casto y humilde. Para el sacerdote la Iglesia y las almas constituyen su principal interés. Esto se ve muy claro en la vida del cura de Ars.

La caridad pastoral tiene su fuente específica en el sacramento del orden, con la gracia de haber sido escogido como instrumento vivo de su obra de Salvación. Y encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía, en la que participa de modo especial al celebrarla. El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. Existe una relación íntima entre la vida espiritual del sacerdote y el ejercicio de su triple ministerio: la Palabra, los Sacramentos y el servicio a la Caridad.

Caridad virginal: En la caridad virginal, podemos ver que la vida consagrada nace de un don que el Espíritu Santo concede a algunas personas. Parte de la experiencia íntima y fuerte del amor gratuito de Dios, con la consecuente llamada a responder con la entrega incondicional de la propia vida, dejándolo todo para dedicarse a Dios, siguiendo el ejemplo de Cristo en castidad, en pobreza y en obediencia. La Iglesia ha visto siempre en la profesión de los consejos evangélicos un camino privilegiado hacia la santidad. La persona consagrada recuerda constantemente que lo único necesario es buscar el Reino de Dios y su justicia.

La vida religiosa será tanto más apostólica cuanto más íntima sea la entrega al Señor, más fraterna la vida comunitaria y más ardiente el compromiso en la misión específica del Instituto. La unión íntima entre la contemplación y la acción permite acometer las misiones más difíciles. Cuanto más se vive de Cristo, tanto mejor se le puede servir en los demás. Esto se refleja muy bien en la vida de Santa Teresa de Calcuta.

EL CAMINO HACIA LA SANTIDAD CONYUGAL

Nos centramos ahora en el camino hacia la santidad en el matrimonio. **La fiesta de los esposos santos se celebra en el día de su boda.** Esto nos da una pista sobre la fuente de donde parte este camino concreto hacia la santidad.

El matrimonio fue instituido por Dios. Es el sacramento primordial porque está ya presente desde la creación del mundo. Jesucristo nos confirma que éste es el plan de Dios restableciendo su dignidad original: la unidad y la indisolubilidad; santificando con su presencia el amor en Caná y sellando con su sangre la Nueva Alianza de manera que viene a ser simbólicamente el Esposo de la Iglesia.

El matrimonio cristiano de un hombre y una mujer que se aman y viven en gracia de Dios es lugar de la presencia divina. La gracia de Dios capacita a los esposos para amar y perdonar cada día, para renovar su amor los días buenos y los días más difíciles.

Lo que Dios quiere de nosotros como esposos podemos buscarlo con dedicación y tiempo, en nuestra historia concreta. Cada matrimonio está llamado a crecer y dar fruto con sus circunstancias concretas y los dones que ha recibido de Dios. Este fruto abundante se hace realidad cuando dejamos actuar en nosotros al Espíritu Santo, quien multiplica constantemente nuestros pequeños esfuerzos y nos hace fuertes en nuestra debilidad.

DIFICULTADES EN EL CAMINO

Si en el sacramento del matrimonio recibimos la gracia de Dios que viene a fortalecer nuestro amor, entonces la mayor dificultad está en no querer contar con Él, en querer vivir por nuestra cuenta, separándonos de Dios... Cuando no ponemos a Dios en el centro de nuestra vida, de nuestra familia, poco a poco nos ponemos en el centro a nosotros mismos y así, vamos dejando cabida a nuestros egoísmos. Surge en nosotros la tentación de dejarnos llevar por el mundo en que vivimos: una sociedad individualista, materialista y hedonista en la que no está de moda el sacrificio. Es un camino más cómodo quizás, pero que no ayuda a seguir construyendo el amor y que conduce a una vida más triste y sin sentido.

Ahora bien, si tenemos claro nuestro horizonte, siempre podemos volver una y otra vez. Y esto es más fácil cuando recibimos frecuentemente el perdón de Dios en el sacramento de la Reconciliación.

Nos encontramos en una sociedad que le ha dado la espalda a Dios. Los creyentes estamos en minoría y, además, con frecuencia, divididos: nos falta formación para entender la doctrina de la Iglesia y humildad para cumplirla. A menudo tenemos una mirada pesimista del mundo en el que vivimos. Nos parece que nuestras luchas son más difíciles que las de nuestros antepasados.

Sin embargo, **en tiempos muy difíciles, han surgido grandes santos**. Nuestra tarea es discernir cuál es la voluntad de Dios para nosotros en el lugar y el tiempo en el que vivimos. En el encuentro con Jesús experimentamos el gozo de sentirnos amados. Nos gustaría poder comunicar a todos los demás esta buena noticia, pero hay mucha gente que no cree, e incluso que no quiere oír hablar de Dios. La fe es un don que recibimos algunos. Es un don que hay que cuidar y hacer crecer. Sólo Dios conoce el corazón de cada hombre y cuál es su momento; para nosotros es un misterio. Los que podemos trabajar en la viña del Señor, desde el principio hasta el final de cada día, no podemos más que estar agradecidos, sabiéndonos amados y cuidados por Él.

CONCLUSIÓN: CARIDAD CONYUGAL

Entonces, ¿Qué es lo específico de este camino en el matrimonio?

La caridad conyugal nace del sacramento del matrimonio. Dios se compromete con los esposos a recorrer ese camino concreto hacia la santidad partiendo del amor humano, enseñándonos a

amarnos con su mismo amor. El ideal que nos propone la Iglesia nos enseña que hay una verdad que buscar con respecto al matrimonio y la familia en una sociedad en la que todo se nos presenta como relativo.

El amor conyugal tiene unas características concretas: es un amor pleno y humano, total, fecundo, fiel, exclusivo y para siempre. Si alguna de estas características falta, puede hablarse de amor, pero no sería un verdadero amor conyugal, sino un amor a la carta. Tan importante es entregarnos como recibir al otro, saber acoger sus detalles y cuidados, reconocer sus esfuerzos y progresos. Aprendiendo a expresar nuestros deseos con humildad, en vez de continuas quejas.

El amor conyugal no se agota dentro de la pareja, Dios nos permite participar con Él en la creación del mundo. Pero existe una fecundidad que va más allá de lo biológico, que es entregarse juntos por la redención del mundo, nuestra gran familia.

En el sacramento del matrimonio los esposos nos comprometemos a recibir de Dios responsable y amorosamente a los hijos y a educarlos según la ley de Cristo y de su Iglesia. Los esposos estamos llamados a ser generosos y al mismo tiempo, consecuentes en esta tarea. La Iglesia propone para ello la enseñanza del reconocimiento de la fertilidad. Desde nuestra experiencia, podemos confirmar que se trata de una forma de vida que ayuda mucho a un matrimonio.

La caridad conyugal es el amor que une a los esposos, santificado, enriquecido e iluminado por la gracia del sacramento del matrimonio. El Espíritu Santo que reciben los esposos les capacita para amarse mutuamente como Cristo los amó: dando la vida por el esposo. Se trata de un camino, un proceso dinámico que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios. Es un camino en el que contamos también con la ayuda de los demás sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación frecuentes, los cuales, bien vividos, nos van transformando cada vez más en otro Cristo para los demás. Tenemos también el apoyo de sacerdotes, religiosas y de toda la Iglesia.

La caridad conyugal se extiende a los hijos. Los hijos nos ayudan a entregarnos más, a vivir para ellos, nos enseñan que el tiempo que dedicamos a la familia es la inversión más grande que podemos hacer en nuestras vidas. Como en los ejemplos de los matrimonios santos que hemos visto, nuestro reto es educarles para la vida eterna, enseñarles a mirar más hacia el cielo. Tenemos que pedir a Dios continuamente su gracia y su fuerza para seguir luchando cada día por cumplir bien esta tarea que se nos ha encomendado, pues a menudo nos faltan fuerzas, paciencia y humildad. Aunque nuestro amor por ellos sea inmenso, no deja de ser pobre y limitado.

Estamos llamados a entregarnos a los hijos, pero sin perder de vista que su destino es volar, y que tenemos que seguir cuidando continuamente la relación conyugal. Seguir cultivando nuestro amor es el mejor regalo que podemos hacerles, pues seremos así su punto de apoyo para toda la vida; es la mejor enseñanza para ellos en su camino de maduración en el amor.

La caridad conyugal se extiende también a toda la sociedad. Las familias cristianas vivimos en medio del mundo. Como los primeros cristianos, nuestra misión es ser testimonio de amor para

los demás: que vean cómo nos amamos en la familia; cómo nos amamos en nuestras comunidades y cómo les amamos a ellos, sin juzgarles, porque Dios es el único juez y sólo Él sabe cómo ha sido la vida de cada uno.

Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su vida cotidiana hecha de cansancios y dificultades, con su sencillez. Dios ha querido nacer y crecer en una familia, enseñándonos así su valor. María y José no tuvieron una vida fácil, a menudo no entendían nada, pero confiaron plenamente en Dios. Como ellos, cada familia está llamada a vivir con coraje y serenidad los desafíos familiares y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios.

PREGUNTAS PARA MEDITAR DURANTE EL MES Y PARA LA REUNIÓN DE GRUPO:

- 1) ¿Qué ha supuesto la lectura de este tema en tu camino hacia la santidad?
- 2) En tu vida personal y en vuestra vida matrimonial, ¿cual es el elemento que más te ayuda a seguir aspirando a la santidad?